

Entrevista con Adolphe Lechtenberg

Los colores: mi país, mi casa

David Huerta

Naciste en 1952, siete años después de concluida la guerra. Creciste en medio de la guerra fría y muy pronto se definió tu vocación de pintor y dibujante. Tu cercanía a Joseph Beuys llama la atención, lo mismo que tu interés en México —adonde has viajado varias veces— y en muchas estribaciones de la cultura de este país. ¿Qué otros rasgos te gustaría aportar a este retrato rápido?

Nací en la ciudad de Gelsenkirchen, situada en una región industrial (carbón y acero) muy poblada de Alemania. El clima social, cultural y político en aquellos años de la posguerra, de la guerra fría, era bastante conservador, con mucha influencia de la Iglesia en las escuelas. Es una época acertadamente caracterizada en varias novelas de Heinrich Böll.

Quizá las condiciones basadas en ese espíritu del tiempo me llevaron a buscar más tarde una forma de vida y un campo de trabajo —el arte— donde podía encontrar más libertad e independencia.

También había otros factores que impulsaron mi deseo de ser artista. Mis padres tenían una pequeña imprenta; además, una tienda en la que vendían artículos de escritorio y libros, otra fuente de mi imaginación y formación de pensamientos. Aprendí a leer mucho tiempo antes de entrar a la escuela.

En la imprenta encontré papel; en la tienda, plumas y lápices. Con estos materiales pasaba días enteros dibujando y dibujando, pintando y pintando en la oficina de mis padres, que así fomentaron mis actividades. Según recuerdo, dibujo y pinto desde que tengo memoria. Ya en aquel entonces me di cuenta de que podía formar, configurar, definir mi propio mun-

do y mi relación con el mundo mediante una actividad artística.

De ahí vino el deseo de estudiar pintura y dibujo en la Academia de Arte de la Ciudad de Düsseldorf. Estudié, entre otros, con Joseph Beuys, cuyas obras e ideas me inspiraron curiosidad desde antes de iniciar mis estudios.

Beuys era una persona controvertida, muy activa, combativa, empática, de muchos conocimientos, que extendía sus conceptos del arte a la vida social. Enseñó que había que cambiar las circunstancias de la vida, a la que consideraba como una plástica social, con los métodos creativos del arte. Para mí era importante entender que el artista no es un ser aislado, y el arte no es una actividad aislada; sino que todo tiene su contexto y su responsabilidad de acuerdo con el tiempo, el espacio y el ambiente.

Eran tiempos políticamente agitados y de liberación intelectual cuando entré en la Academia, en el año de 1973. Las convulsiones del 68 se hicieron notar. A nosotros, los estudiantes, todo nos parecía posible. En medio de todo ello, Beuys hablaba de su concepto político de la democracia directa, como sistema de libre autodeterminación de la gente; con esa opción quería salir de las trampas del partidismo arbitrario de la Europa occidental, que ya sólo aparentemente representaba las necesidades del pueblo, igual que del sistema podrido de los estados autoritarios dizque socialistas de la Europa oriental.

Quisiera mencionar a otras dos personas cercanas a Joseph Beuys, que alentaron mi decisión de estudiar en la Academia de Düsseldorf. Ambos fueron maestros de arte en mi escuela, los dos me dieron siempre muchas ex-

plicaciones valiosas y empáticas a mis preguntas referentes al arte. Uno es Franz Joseph van der Grinten, amigo y coleccionista de Beuys desde tiempos muy tempranos; el otro es Johannes Stüttgen, discípulo de Beuys, que hasta hoy día difunde y siembra las ideas de Beuys. En el 2012 Stüttgen impartió un seminario en el Centro Universitario de Tlatelolco, de la UNAM, sobre el concepto ampliado de arte de Beuys.

Así como había personas importantes para el desarrollo de mi obra, por supuesto había también lugares significativos, entre los que destacan Italia y por supuesto México, ambos países con un acervo cultural enormemente rico. Cada lugar tiene su colorido propio, y los colores que vi en México ya los había imaginado, más bien inconscientemente, antes de llegar a este país. No los había encontrado y no los había podido realizar en Alemania. Pero aquí en México salieron. Entonces logré trabajar con el material imaginado ya desde hacía tiempo y el colorido de mi pintura cambió mucho. Cuando llegué por primera vez a México sentí que tendría que pintar aquí.

Ayer hablamos de Matthias Grünewald y de su San Antonio. ¿Tu relación con la pintura alemana, y europea en general, ha sido importante, y si lo ha sido, en qué medida y con qué características? Simplifico: ¿qué relaciones tienes con la tradición artística europea?

Ya como adolescente me interesaba mucho el arte, en especial la pintura. Me di cuenta de que me fascinaron siempre los colores; siempre reacciono primero al color del ambiente en donde me encuentro, a los colores de los objetos. Lo percibo todo por los colores, que me causan una emoción profunda. Los colores son el país donde me encuentro en mi casa. ¿Por qué es así? No lo puedo explicar. Esas inclinaciones se forman en la infancia y ya no podemos encontrar las huellas de las experiencias que las causaron. Otras personas se refieren más bien, por ejemplo, a las formas de los objetos, como en el caso de los escultores. Perciben y crean de una manera diferente.

A la edad de más o menos 16-17 años tenía libros con reproducciones de la pintura mural del *rinascimento* italiano, y sentía un encanto enorme al contemplarlas. Las imágenes provocaron en mí el deseo de ver las pinturas en sus lugares de origen. Así fue como en los tiempos de mis estudios en la Academia de Arte de Düsseldorf realicé varios viajes a Italia. Ahí vi los frescos de Rafael, Miguel Ángel, Benozzo Gozzoli, Domenico Ghirlandaio, Fra Angélico; en Venecia, los grandes cuadros de Tintoretto en la Escuela de San Marco, y otros. Fue una experiencia profunda. De regreso en Düsseldorf, empecé a pintar mis primeros cuadros de formato mayor.

En los años que siguieron a estos impulsos y experiencias no llegué a realizar muchos murales, aunque siem-



Adolphe Lechtenberg en su exposición en el Foro R-38

© Iris Maldonado Ceballos

pre estuvo presente en mi memoria, en mis reflexiones, lo visto en Italia, que tenía un influjo importante en la coloración de mis obras.

Cuando empecé a viajar a México, re-encontré mucho de lo que había experimentado en Italia en el muralismo de aquí. De hecho Diego Rivera, por ejemplo, recibió impulsos de la pintura mural del *rinascimento* italiano. También hay otros elementos de la pintura de países no sólo del sur de Europa, que se trasladaron a México. Los murales de varios claustros fueron elaborados a base de grabados del pintor alemán Martin Schongauer (1445/50-1491). Con Schongauer llegamos más a las regiones centroeuropeas, donde trabajaban Matthias Grünewald y Durero, cuyas obras despertaron mi interés y mi admiración. De Durero aprendí a observar con exactitud sensible el mundo de los objetos; en la obra de Grünewald conocí la importancia de otras dimensiones que son afectivas, expresivas, intuitivas. Y de ahí llegué al valor emotivo, anímico de los colores, algo que me ocupa en mis obras actuales.

Lo que observé en los frescos, los murales de los pintores renacentistas, tiene repercusiones y consecuencias en mis pinturas grandes actuales sobre telas sueltas, a manera de murales transportables, obras en las que estoy trabajando desde los años noventa hasta hoy día y de las cuales presenté ejemplos en mi exposición del Claustro de Sor Juana.

¿Cómo resultó la experiencia de presentar tus cuadros en México, en un recinto universitario como el Claustro de Sor Juana? Cuenta esa historia. ¿Piensas seguir dando a conocer tu obra en esa forma, en exposiciones individuales o colectivas?

La experiencia de presentar mis pinturas, a mediados de 2016, en el Foro R-38, un espacio exterior del Claustro de Sor Juana, en el Centro de la Ciudad de México, resultó sumamente positiva. La colaboración con los equipos del Claustro fue absolutamente eficiente, muy viva, estimulante, rica de ideas; la curaduría fue excelente. Presenté varias de las telas pensadas como murales transportables —el espacio del Foro R-38 es ideal para eso— y un cierto número de mis dibujos sobre papel amate.

Además de la exposición hubo un evento final en el restaurante El Zéfiro, que en realidad es otra parte del Claustro. En el restaurante y unos edificios adyacentes los estudiantes de cocina reciben su formación profesional. En el contexto de la exposición la gente del Zéfiro había planeado una cena basada en formas y colores de mis obras y en una parte de mi biografía, es decir: en mis platos favoritos de varias estaciones de mi vida. Así que había platos muy ricos de Alemania, por supuesto, además de cocina de Italia y de México. En estos tres países, en estos lugares cruciales de mi vida, he recibido impulsos determinantes para mi labor pictórica.

Y, claro, pienso seguir presentando mi obra en exposiciones futuras. Ahora ya hay varios proyectos individuales y una exposición colectiva en Alemania. Es una forma de entrar en contacto con el público el que las obras entren en la vida de la gente. Aparte de eso las exposiciones me sirven para comprobar el efecto de mis conceptos y la presencia, la intensidad, la emanación de los colores en el espacio.

Los colores son una especie de obsesión para ti, como has explicado, sin precisar las razones o los orígenes de ello. ¿Podrías extenderte en esa pasión tuya, el fervor colorístico, si puedo llamarlo así?

En primer lugar percibo los colores como una energía vital. Todo lo que se vive se comunica también mediante colores. Los colores son las señales de vida en la naturaleza. En este contexto de la idea del color como un sistema vital; intento ofrecer mis pensamientos sobre lo que siento ante los colores.

El color genera movimiento, entendido como las reacciones físicas y emotivas que causa en el espectador. El color es un elemento antiparalítico. La emanación del color genera un espacio cromático y emocional y define el espacio real. El color produce una expansión/emanación

inmediata, una ampliación de los límites de objetos y cuerpos.

Para subrayarlo pongo aquí unas palabras del crítico de arte Jorge Juanes, quien dijo: “la vertiente del color es la expansión de la sensualidad abierta y directa que, sin mediación, altera los sentidos y provoca reacciones emocionales”. (Jorge Juanes, *Territorios del Arte Contemporáneo / Del Arte Cristiano al Arte sin Fronteras*, Editorial Ítaca, México 2010, p. 90). Lo escribí acerca del arte de Rubens; pero esas palabras valen para el efecto del color en general.

Pienso que los colores no son simplemente bellos. Tampoco los colores bellos son simplemente bellos. Y sobre todo los colores no son algo inocuo, anodino, y nunca sin sentido.

Los colores atraen y repulsan, generan confianza y desencadenan miedo.

Formas y colores dan orientación, generan atracción y aversión. Impulsan tanto el ánimo como la razón.

Los colores advierten. Causan deleites y antojos. Comunican y vivifican. La contemplación de colores da energía y a la vez exige fuerza.

La contemplación de un color es actividad, exige un esfuerzo productivo.

Los colores pueden ser una sinfonía. Pueden ser violencia, convulsión y amor; pueden ser voluptuosidad y sequedad; pueden ser un perecer y una búsqueda. Un grito y una conversación tranquila, y tanto una montaña como un estanque, una respiración y un soplo. Un clima. Una suciedad y una claridad. Los colores pueden ser fuga y confrontación. Son un universo con todos los levantamientos, extensiones, estrechamientos y también terrores, que son elementos integrantes de un universo.

Es esta energía vital lo que me atrae y lo que voy investigando en mis obras.

Si tuvieras que dar consejos a un pintor joven, a un artista principiante, ¿cuáles serían? Quizá no seas afecto a esas guías pedagógicas; pero es posible que de tus maestros, a lo largo de tu formación, hayas aprendido algo que quieras transmitir.

El consejo sería que el pintor joven debe ser sincero en primer lugar consigo mismo; entonces lo será también con su obra y con el público. Además, que sea modesto, nada de caprichos, nada de exageraciones, que trabaje fuerte, consecuentemente, que se observe con autocrítica y atención. Que no deje de aprender nunca. El proceso de crear arte es un acercamiento a la propia persona y al conocimiento de los demás, del mundo, es un proceso tanto individual como social. Es fructífero si es un diálogo entre lo interior y lo exterior, entre el individuo y el ambiente. Eso es algo básico. De ahí se ve cómo se desarrolla la obra.